De todo ello dará cuenta el *Diario del Primer Viaje a las Indias*, que hoy conocemos en virtud del resumen sumario provisto por fray Bartolomé de Las Casas. El archivo americano se inaugura con un texto perdido e interpolado, atravesado por la polémica y la multiplicidad de voces: metonimia y metáfora de todas las imágenes posteriores. Pero esta inscripción inaugural no es el único documento escriturario del Almirante; en verdad, contamos con una serie de textos (cartas, relaciones, diarios de navegación) que constituye lo que la crítica ha denominado (y unificado como) el corpus colombino, y que dan cuenta de los cuatro viajes del Almirante hacia las Indias/el Nuevo Mundo: en 1492, 1493, 1498 y 1502. Ahora bien, ¿cómo se llega hasta estas instancias de viaje y de escritura? A ello nos referiremos en el próximo apartado.

Los comienzos

"Todo lo que hasta hoy se navega,
todo lo he andado."
Cristóbal Colón

[redacted]

Si el Cristóbal Colón histórico es un personaje polémico, exaltado y repudiado, acogido por los Reyes Católicos y asediado por numerosos enemigos, la historiografía acerca de esta figura no ha corrido una suerte muy diferente, puesto que la controversia es el común denominador de la mayoría de los datos biográficos, en disputas que tomaron nuevos bríos con los festejos del Quinto Centenario.[6]

6 De hecho, como señala Consuelo Varela: "La imagen pública de Colón comienza a elaborarse en marzo de 1493, en el mismo momento en que regresó a Lisboa luego de una ausencia de ocho meses surcando mares. Hasta entonces nada se sabía de él" (2003: 422).

Una de las zonas de fundamental debate atañe al origen de Colón, quizá debido a que el navegante fue deliberadamente escueto al respecto. Sin embargo, en la actualidad hay consenso acerca del lugar de nacimiento, Génova (un importante puerto comercial en la época), y la fecha: 1446.[7] Se supone que en el seno de una familia de tejedores (aunque otros sostienen que su padre era navegante), fue el tercer hijo de cinco hermanos, de los cuales sobrevivieron Cristóbal y los dos más pequeños, Bartolomé y Diego, de destacada labor en la exploración y conquista luego. Tanto Cristóbal como Bartolomé "mostraron desde muy jóvenes una marcada vocación hacia la vida en el mar" (Gómez Gómez, 2012). Embarcado precozmente como grumete y de formación autodidacta, Cristóbal pronto desarrolló interés por la cartografía y la astronomía, así como por las diversas teorías acerca de tierras y rutas exóticas. Llegó a Portugal en 1476 (donde residió hasta 1485); desde allí formó parte de numerosas expediciones comerciales: se afirma que navegó hacia Inglaterra e Irlanda; también exploró las rutas portuguesas en la costa occidental de África (llegando hasta San Jorge de la Mina, en Guinea), e incluso conoció las Azores.

Tuvo dos mujeres: su esposa legítima, con la que se casó en 1480, fue Felipa Monis de Perestello,[8] quien pertenecía a una importante familia de Portugal, lo que parece haber cumplido un papel fundamental en la llegada de Colón al rey de Portugal con su proyecto de trazar por vía marítima una nueva ruta hacia las Indias.[9] No obstante,

7 Recordemos que el Colón así lo afirma en el mayorazgo de 1498 que dirige a los Reyes: "Siendo yo nacido en Génova, les vine a servir aquí a Castilla..." (Varela, 1984: 192).

8 Madre de Diego Colón. Su segunda mujer (con quien nunca se casó) Beatriz Enríquez de Arana, fue madre de Fernando Colón.

9 Recordemos que por la época y desde tiempos del rey Enrique (apodado El Navegante), los portugueses habían estado a la cabeza

luego de intensas y extensas gestiones con la Corona portuguesa, que incluyeron un análisis de su proyecto por un comité de expertos, éste es desestimado debido a errores en sus mediciones de la esfera terrestre, entre otras cuestiones. Colón lleva entonces su proyecto a España, donde comienza una serie de negociaciones apoyada por los sacerdotes del monasterio de La Rábida. Las gestiones le insumen siete largos años durante los cuales se pasa del desinterés al entusiasmo y a la duda, hasta que finalmente el proyecto recibe el decidido impulso de Luis de Santángel (quien además financió la mitad de la expedición). Tomada la decisión política en 1492, comienzan las negociaciones con los Reyes Católicos, que se extienden a lo largo de tres meses y dan lugar al acuerdo conocido como las Capitulaciones de Santa Fe, firmadas en la ciudad del mismo nombre el 17 de abril de 1492.[10]

---

de la expansión marítima, en especial por sus exploraciones de la costa africana y la explotación de minas y de esclavos. Por otro lado, el comercio de especias con Oriente (Asia) databa de siglos anteriores (XII y XIII) y era uno de los motores fundamentales de la economía europea. En este marco se insertan los proyectos colombinos. (Al respecto, véase *Los exploradores del siglo XIII al XVI* de Michel Mollat, 1990.)

10 Acerca de estas capitulaciones, véanse las notas al *Diario del Primer Viaje* en esta edición. Para el texto de estas capitulaciones, seguimos la transcripción de Jacques Lafaye en *Los conquistadores* (1999). Con respecto a la financiación de la expedición y contrariamente a la muy extendida leyenda, no fue la reina Isabel quien vendió sus joyas. Además de la decidida inversión de Santángel, la Corona "obligó a la villa de Palos a poner a disposición del Almirante dos naves" (Varela, 2006), y el propio Colón financió otra parte, con dinero que pidió prestado a un amigo florentino. Se inaugura así la modalidad de inversión privada, con anuencia y autorización de la Corona, que definiría las exploraciones posteriores al Nuevo Mundo.

Los viajes

"Vuestras Altezas están ausentes, y yo lo veo todo."
Cristóbal Colón, *Relación del Cuarto Viaje*

Se organiza entonces la primera expedición de un total de cuatro viajes, cada uno de los cuales es de naturaleza distinta. Si el primero constituye la exploración más temeraria pero también la más famosa, eso se debe asimismo a la idea acerca de sus logros que Colón consiguió instalar: "Tras ocho meses de silencio, el Almirante llegaba triunfante a pesar de que había fracasado. Salieron 90 hombres y apenas regresaron 51; prometió un nuevo camino al Oriente, a la India, a la que no llegó; prometió volver con oro y especias, y apenas pudo mostrar seis indios, poco oro y ninguna especia. Sin embargo, logró presentar su viaje como un éxito y como el más importante descubrimiento del siglo" (Varela, 2003: 422).

El segundo viaje, que se decide con enorme rapidez (y constituirá el más espectacular, por despliegue y recursos, que dirija el Almirante), se inicia el 25 de septiembre de 1493 en Cádiz y finaliza casi tres años después, el 11 de junio de 1496. A diferencia del primer viaje, se habilita ahora una verdadera expedición de conquista, organizada por Juan Rodríguez de Fonseca. Se envía para ello una Armada completa, constituida por 17 naves: 3 carracas, 2 naos, 12 carabelas (Varela, 1996) y aproximadamente 1.200 tripulantes, entre los cuales esta vez sí se encontraba un grupo de religiosos. Lamentablemente, no se conservan originales de peso ni el diario de navegación de Colón. Sí se cuenta con una serie de relaciones coetáneas de utilidad (a pesar de que cubren zonas parciales de la expedición) y con relatos posteriores de otros cronistas (Fernando Colón y fray Bartolomé de Las Casas, por ejemplo). Lo que suele incluirse como relato de una parte de este viaje es un Memorial que Colón envía a los Reyes en 1494.

El tercer viaje se inicia en Sanlúcar de Barrameda el 30 de mayo de 1498 y finaliza dos años y medio más tarde (el 20 de noviembre de 1500) en Cádiz.[11] Durante esta travesía, colmada de accidentes y dolencias del Almirante (aquejado de un ataque de gota), la expedición alcanza la Desembocadura del Orinoco, que vincula con los ríos del Paraíso Terrenal, que salen de la fuente junto al árbol de la Vida.[12] Una vez más, los documentos originales se han perdido; sólo se cuenta con el sumario provisto por Las Casas del diario del Almirante, así como párrafos (también transcriptos por el fraile) de una perdida carta del Almirante a los Reyes.

En tanto y en más de un sentido, el cuarto y último viaje (cuya Relación se incluye en esta edición) constituye la imagen especular invertida del hálito triunfalista del primero. Asediado por las acusaciones respecto de su desempeño en las tierras recién descubiertas y los títulos obtenidos (aunque varios de ellos revocados o discutidos por la Corona), Colón emprende esta última travesía con cuatro carabelas y con precisas instrucciones: realizar un viaje de exploración, evitar el tráfico de esclavos (que se había instalado de hecho a partir del segundo viaje, pero que los Reyes desaprobaban) y bajo la prohibición de desembarcar en la Isla Española, ya desde los dos viajes anteriores, espacio de todas las controversias.[13] Consuelo

11 En esta expedición se disponen 8 carabelas y se embarcan 226 tripulantes; "... a pesar de lo mucho escrito sobre la enorme cantidad de *desorejados* que pasaron a las Indias en este viaje colombino [...] sólo 10 figuraban en la nómina como homicidas" (Varela, 1996: 24).

12 Véase Infra, el apartado sobre utopía.

13 En efecto, ya en el segundo viaje, durante el cual Colón recorre las Antillas y llega a la Española (para encontrar el fuerte destruido y todos los españoles muertos, como se detalla en las notas del *Diario del Primer Viaje* en esta edición), el descontento, los alzamientos y

Varela lo caracteriza del siguiente modo: "Fue éste el viaje más desastroso e inútil de cuantos efectuó el Almirante de la Mar Océano: abandonó la búsqueda del istmo, cuando lo tenía más cerca; destrozó sus barcos, aniquiló a sus hombres y regresó, de milagro, a Castilla, enfermo, cargado de deudas y desprestigiado" (1992: 347).

Cristóbal Colón murió en Valladolid el 20 de mayo de 1506.

Utopías sobre el fértil jardín americano

« Son contados los momentos en la Historia de Occidente en los que los actores de los acontecimientos pudieron sentir muy presente y de manera inminente la

las disputas fueron una constante. Es en este viaje cuando, además, funda el primer asentamiento español en el Nuevo Mundo: la Isabela (en la actual República Dominicana). Frente a la situación de reclamo generalizada, Colón envía a España doce embarcaciones para solicitar auxilio a la Corona; entre sus tripulantes viajan algunos de los más enconados opositores al Almirante quienes, llegados a España, rápidamente lo desprestigian. No obstante, la expedición de rescate, encabezada por Bartolomé Colón, se organiza. Los historiadores coinciden en la pésima administración de Colón en las tierras recién conquistadas, debido a los pesados tributos (en algodón y oro) impuestos a los indígenas, la práctica de toma de esclavos entre los "rebeldes" (herencia, también, de sus experiencias junto a los portugueses en las costas africanas) y la poco discreta insistencia con que hacía valer las (ahora) excesivas concesiones hechas por los Reyes en las ya famosas Capitulaciones. Las rencillas y álgidos enfrentamientos se reiteraron en el tercer viaje, en virtud de lo cual los Reyes enviaron al juez Francisco de Bovadilla, quien destituyó a los Colón y los sometió a proceso, para finalmente enviarlos, presos, a España. Enterados de estos excesos, los Reyes rápidamente revirtieron la situación; destituyeron a Bovadilla y nombraron a Nicolás de Ovando, además de revocar los cargos contra Colón.

posibilidad de realización plena de una utopía. Esta percepción de proximidad y de concreción debió haber experimentado el navegante Cristóbal Colón cuando finalmente llegó a una de las islas de las Antillas y, a partir de allí, pudo dar rienda suelta a todas sus expectativas y abrazar la fantasía de haber alcanzado el idealizado y muy anhelado continente asiático viajando por Occidente.[14] Así, contempla el Nuevo Mundo como paraíso: "la tierra más fértil y temperada y llana que haya en el mundo" (*Diario del Primer Viaje*, 17 de octubre) y representa idealizadamente a sus habitantes: son, para el *Diario*, los más hermosos hombres y mujeres que se han hallado, lo que contrasta, por ejemplo, con los nativos de las Canarias y de las Azores, que son, única y simplemente, "gentes de la isla". Así, los indios en América vivían, para el discurso mitificador de Colón, en un estado primitivo cercano a la Edad de Oro, en una especie de Paraíso Terrenal. El Almirante, entonces, sienta las bases para la formulación del mito del buen salvaje, que luego serán retomadas por Pedro Mártir de Anglería y por Fray Bartolomé de Las Casas, y que es parte de los motivos que caracterizan a América como *locus amoenus*. Del mismo modo, la

[14] En esta misma línea de satisfacciones encontradas, unos años después, el Almirante "avista", con sus propias naves y sus elementos de observación, uno de los sueños más deseados, por su perfección, para el Occidente de aquellos años: el Paraíso terrenal. Evaluando la temperancia del aire, la belleza y blancura de los habitantes de la zona, la abundancia del agua del río Orinoco, del que difícilmente pudo la tripulación esquivar su desembocadura, Colón concluye: "allí creo que sea el Paraíso terrenal, adonde no puede llegar nadie salvo por voluntad divina; y creo que esta tierra que agora mandaron descubrir V. Al. sea grandísima" (Colón, 1992: XXX-380).

carta enviada al escribano Luis de Santángel también describe la bondad y hermosura de los indígenas de las islas e, incluso, en varias ocasiones, su predisposición a abrazar la fe cristiana: "Y allende de esto se harán cristianos, que se inclinan al amor e servicio de Sus Altezas y de toda la nación castellana" (Carta a Luis de Santángel). La mansedumbre de los amerindios se encuentra, para esta escritura, en su tendencia a aceptar y desear la fe cristiana que los Reyes representan y con la que concretarán la unidad española de todos sus territorios. América debe ofrecerse como lugar promisorio y deseable. ¿Qué puede ser más codiciado, a fines del siglo XV, para el reino de los Reyes Católicos, que un paraíso situado en la misma tierra? El destino providencial había "elegido" al navegante para ser el primero en cruzar el Océano Atlántico y también el primero en alcanzarlo. Pero, con él y con los viajes de otros conquistadores inmediatamente posteriores, también la Europa renacentista consigue apoderarse de ese sentimiento de realización al proyectar, sobre las Indias, sus deseos de perfección. Varios y diferentes son los planes de utopía, idealización y felicidad que se evidencian en la escritura de Colón y en las crónicas de la época.

Una tradición para describir el paraíso natural deseado

Cristóbal Colón se sirve de ciertos tópicos de la literatura clásica para definir la naturaleza del Nuevo Mundo. Según el relevamiento de Beatriz Pastor (2008), éstos son: la suavidad del aire, la fertilidad de la tierra, la abundancia del agua y el exotismo de la fauna, entre otros. Todos ellos recrean el paisaje ideal o paraje ameno definido y redefinido desde varias tradiciones: la literatura pagana, cristiana, clásica, medieval y renacentista.

La visión idílica de la naturaleza ejerce influencia en este navegante cuando cree, por ejemplo, que oye cantar al ruiseñor –inexistente en América. Todos estos elementos conforman lo que Curtius (1995) llamó la descripción literaria de la *belleza natural*, elaborada y fijada tradicionalmente por la poesía griega, luego muy difundida por Virgilio y Ovidio; evocada, además, en la persistencia del motivo del *locus amoenus* en la poesía pastoril, en la novela helenística, en los poetas cristianos, en la épica y en la literatura de caballerías. Ernst Bloch (1983) considera que estos motivos concatenados pertenecen a una superestructura –ideas, imágenes, representaciones– del "deseo del Paraíso en la tierra" que fue conformándose para describir lugares lejanos e identificados con dicho deseo: "Este Paraíso tenía que existir en algún sitio, de él irradiaba oro y ventura sobre los países circundantes [...] nos sale aquí al paso una superestructura fantástica del Paraíso en la tierra" (1983: 328). Esta superestructura del "paraje ameno" ha recibido varias denominaciones y caracterizaciones a lo largo de los siglos. *Edad de Oro* para los antiguos –si está referida a un pasado ideal del hombre–, *Arcadia*, visiones del *Edén* o del *Paraíso*, *Jardín de las Delicias*, Islas *Afortunadas*, Campos *Elíseos* e isla de *Thule* son algunos de los nombres con que ha sido designado. Se trata de una amalgama de mitos y tradiciones greco-romanas y judeocristianas (Manuel y Manuel, 1984), una fusión de motivos e imágenes poéticas (Curtius, 1955) o un desplazamiento de unas concepciones por otras que son revividas en épocas posteriores:

> La Edad Media había enterrado la Edad de Oro bajo la concepción de Edén; el Renacimiento no sólo revivió la concepción original, sino que se aventuró en una búsqueda por objetivarla. Cuando su *locus* se corrió de lo temporal a lo espacial, se volvió una meta realizable y un desafío para los exploradores." (Levin, 1972: 59).[15]

Las descripciones medievales de la naturaleza, por ejemplo, no aspiraban a la mímesis realista sino que apuntaban a la belleza o a la persuasión moral. Curtius (1955: 263) ejemplifica el tema con los animales fabulosos y la flora exótica del arte románico y explica que todos los motivos medievales de la naturaleza provienen de la poesía y de los ejercicios retóricos de la tardía Antigüedad y de la Biblia. Las descripciones de paisajes, en la poesía medieval, responden a una tradición literaria fija, cuya influencia se extiende hasta bien entrado el siglo XVII. Con la Modernidad y el Renacimiento, aparecen muy lentamente las obsesiones acerca de lo verdadero, el estilo del individuo y la jerarquización de lo visto y lo experimentado por el sujeto (Martin Jay, 2007). En relación con estos cambios, surge un generalizado rechazo, promovido por el erasmismo, por las "fábulas" o historias "mentirosas", principalmente de las novelas de caballerías. Sin embargo, las ideas y mitos de aparición insistente perduran en el imaginario y en el lenguaje a pesar de la revalorización del testigo de vista y paralelamente a ella.

Colón y los historiadores de Indias, en su mayoría, describieron el Nuevo Mundo con los motivos e imágenes de esta tradición, es decir, percibieron a América como paraíso de gentes viviendo en una Edad Dorada. Beatriz Pastor describe este proceso de idealización de las nuevas

---

15 En el original: "The Middle Ages had buried the golden age under the conception of Eden; the Renaissance not only revived the original conception, but ventured forth on a quest to objectify it. When its locus shifted from the temporal to the spatial, it became an attainable goal and a challenge to the explorers". Salvo indicación en contrario, las traducciones son nuestras.

tierras descubiertas por el europeo de dos maneras diferentes. En su primer libro sobre el tema (2008), analiza el arquetipo ficticio que, en el navegante, suple el conocimiento verdadero y objetivo. Los modelos literarios previos, como los de Pierre D'Ailly y Marco Polo referidos a Oriente, conforman las mediaciones discursivas a partir de las cuales Colón elabora su propia visión del Nuevo Mundo. En un libro posterior (1999), Pastor se sirve de los conceptos de "esperanza" y "utopía" de Ernst Bloch para caracterizar el Descubrimiento. Considera que, en parte, lo que motivó el viaje a las Indias fue una "dinámica utópica" que activó el deseo de conocimiento de la geografía ignota y una "conciencia anticipatoria" que concretizó, en el imaginario europeo, la realidad desconocida. Es decir, se interesa en cómo el europeo construyó –retórica o ideológicamente– las primeras imágenes de América.

Las descripciones colombinas, por un lado, reproducen imágenes o tópicos aparecidos en otros textos, por el otro, crean la ilusión de que lo representado puede ser verificable y confrontable con lo real. El primer modo de exposición trabaja "entre textos"; el segundo responde al modo de registro propio del testigo o del viajero, que también corresponde a una retórica cuya finalidad es convencer al lector del carácter factual de lo descripto. Ambas formas confluyen en la representación de la geografía americana. Por ejemplo:

> [el Almirante] vio algunas casas y el valle grande donde están las poblaciones, y dijo que otra cosa más hermosa no había visto. [...] Puso nombre al valle, Valle del Paraíso, y al río Guadalquivir, porque dice que así viene tan grande como Guadalquivir por Córdoba, y a las veras o riberas de él, playa de piedras muy hermosas y todo andable. (*Diario del Primer Viaje*, 15 de diciembre.)

Se conjugan aquí los tópicos edénicos para representar la naturaleza de las tierras desconocidas. Hay un asombro ante la maravilla:[16] ("otra cosa más hermosa no había visto"), que el Almirante reinscribe en la tradición de espacios bellos y desconocidos como el Paraíso, que "existe" en textos del pasado. Luego, la analogía compara el curso del río del valle antillano con el del Guadalquivir cuando pasa por la ciudad española de Córdoba. La representación se provee de las referencias constantes a lo visto –que constituyen al Almirante como testigo de la maravilla–, de la analogía con el elemento conocido por los lectores y, por último, de la alusión a lo inefable por medio de una referencia a los textos bíblicos. En esto, seguimos las definiciones de lo descriptivo de Philippe Hamón:

> Hay en esto un placer de encontrar de nuevo (un léxico, "cosas") y por lo tanto de recordar más que de descubrir cosas nuevas (lo 'novel'). Sabemos que en las subdivisiones de los tratados de Retórica, el "topos" está vinculado esencialmente con la *Memoria* y la hipotiposis, especie de hipérbole de la descripción, es lo que hace "presentes" las cosas. (Hamón, 1991: 83.)

En el fragmento de Colón, están los dos elementos: lo que se recuerda (el Guadalquivir, Córdoba, el Paraíso

---

16 La *mirabilia*, de importante tradición medieval, es el conjunto de las cosas dignas de ser contempladas –admirables– y las cosas abigarradas, asombrosas y sin explicación clara. "Maravillarse" aparece como venero de objetos y de seres dignos de ser admirados. Prima el criterio de lo "curioso" en el que se aúnan, para ser admirados, el exotismo de animales y plantas, a veces las grandes dimensiones o la abundancia y el atributo de belleza. Véase Jacques Le Goff (1984). A diferencia de la maravilla que suscita el Nuevo Mundo en el primer viaje de Colón, en su cuarto viaje a las Indias, lo maravilloso se atribuye a los martirios y padecimientos sufridos en la persona narrador.

descripto en los textos) y la hipotiposis ("cosa más hermosa"). Las retóricas del Renacimiento (la que esboza Juan Luis Vives, por caso), que guían frecuentemente la escritura de las crónicas de Indias, proponían que se escribiera pensando en el placer del lector. En la descripción, éste debía "recordar" y "encontrar de nuevo" la geografía y la hipérbole descriptiva conocidas.

El jardín fértil cercado por la Mar Océana

Aunque el Almirante disfrute del canto armonioso del ruiseñor en pleno Caribe, su estilo hiperbólico se siente cómodo al describir la flora exuberante y las cualidades de la tierra,[17] más que a sus animales. La naturaleza de las Indias fue pensada primero como "jardín". Para Ernst Bloch: "El jardín reúne y ordena las flores, domestica las rocas y el agua, construye muros que se abren por sí solos." (1983: 444). No se trata de la naturaleza inarmónica, amenazadora o salvaje sino del oasis controlado. La "mar llana como un río", por ejemplo, que Colón describe antes de avistar la tierra de las Indias es, justamente, uno de los motivos que suele contarse entre los del paraje ameno. El "jardín americano" es un espacio accesible –todos pueden constatar su felicidad una vez allí–, pero también es cerrado y se encuentra aislado por la extensión y profundidad de la mar Océana –el *non plus ultra*– que media entre el espacio conocido y el desconocido. La larga tradición de escritos utópicos nos ha acostumbrado a

[17] Por ejemplo: "Toda aquella tierra es montañas altísimas muy hermosas, y no secas ni de peñas, sino todas andables y valles hermosísimos; y así los valles como las montañas eran llenos de árboles altos y frescos, que era gloria mirarlos, y parecían que eran muchos pinales". (*Diario del primer viaje*, 26 de noviembre.)

pensar que, por ejemplo, en una isla lejana puede alcanzarse la plena felicidad. De hecho, el nombre de *utopía* siempre fue interpretado como "lugar que no existe", del griego οὐ τόπος, es decir, "no existe tal lugar" o es inaccesible.

La utopía es aquello que no puede encontrarse, claro está, en el propio lugar del sujeto que relata o, por lo menos, que debe hallarse lejos. Esto fijó una *trama* específica para las utopías, organizada a partir de los siguientes elementos: un viaje, que, una vez iniciado, padece un naufragio; luego, el hallazgo de una tierra desconocida inmensamente rica o de habitantes viviendo en un estado ideal; finalmente, el relato de la experiencia utópica una vez que el viajante ya ha regresado a su patria. El viaje utópico comúnmente tiene la función narrativa de alejar a los individuos de su lugar conocido y trasladarlos a un lugar superior. En muchas ocasiones, esta superioridad está dada por la flora y la fauna fantásticas. Los naufragios usualmente son la instancia que se padece previamente al encuentro con un espacio paradisíaco.

Toda tierra prometida requiere una travesía en el desierto (Comparatto, 1995: 50).[18] Así también lo entendieron aquellos conquistadores que se obsesionaron con ciertos motivos como *El Dorado* y las *Amazonas*. Este último objeto de deseo fue lúcidamente analizado en ciertos relatos de viaje por Buarque de Holanda en su libro

[18] En la conformación general de la trama utópica ha colabor[redacted] mucho el ciclo de Bretaña, en donde los caballeros se trasladan con frecuencia a espacios maravillosos, al otro mundo, luego de caer de simas o a grutas, tras un desvanecimiento, después de desorientarse en la niebla o durante una tempestad (Barrera Parrilla, 2007: 14). Así, por ejemplo, *Alice in Wonderland* de Lewis Carrol tiene una trama utópica: luego de un sueño y una caída por el hueco de una gruta, Alicia cae a un mundo de maravillas que en gran medida es el reverso del suyo propio.

Visión del Paraíso (1982). En él, su autor reflexiona acerca de la probable ubicación atribuida a esta tierra, cuyas habitantes custodiaban celosamente abundantes riquezas. Su localización fue desplazada constantemente por los cronistas de Indias y por los mismos expedicionarios, quienes persiguieron su objeto de deseo o su "paraíso" de riquezas por las tierras de lo que hoy es Brasil, sin hallarlas jamás. Aunque las amazonas nunca han aparecido, claro está que los conquistadores sí leían constantemente indicios de su existencia. Karl Mannheim ejemplifica esta disposición de lejanía de lo utópico con la sociedad medieval:

> Mientras que el orden social medieval, organizado clerical y feudalmente, fue capaz de situar su paraíso fuera de la sociedad, en alguna esfera ultraterrestre que trascendía la historia y mellaba su filo revolucionario, la idea del paraíso formó parte todavía de la sociedad medieval (1958: 268-269).

San Agustín, por ejemplo, ubicaba la Ciudad Ideal en las esferas divinas, a ella había de tomarse como modelo, aunque era inalcanzable, como la utopía que describe Mannheim. El Paraíso Terrenal medieval, por otra parte, también era ubicado en tierras inalcanzables, fuera del mundo conocido o casi, podría decirse, fuera del mismo mundo.[19] Por este motivo, quizá, Mártir de Anglería llamó

al paradisíaco continente americano "Nuevo Mundo", porque se hallaba en tierras tan extrañas y lejanas que no podrían formar parte de "este mundo" cuyos límites eran los de la Ecumene occidental. Este autor también recurre a esta tradición: narra el primer encuentro de españoles con prístinos amerindios como consecuencia inevitable del hundimiento de una de las tres carabelas colombinas.

Cristóbal Colón, por su parte, se ha servido quizás involuntariamente de esta trama en sus escritos: encuentra un paraíso productivo de paz y bondad –que sólo él estoicamente confiaba encontrar– luego de un largo viaje de padecimientos personales y de un itinerario nunca antes explorado. En su cuarto viaje a las Indias, se produce un giro interesante: una vez salida del área de las islas Canarias, la armada de Colón enfrenta terribles condiciones temporales durante todo el trayecto en América hasta su regreso a España. En Jamaica escribe, dirigiéndose a los Reyes, la relación de este viaje. Casi un año tuvo que permanecer, hasta que fue rescatado, como náufrago en la isla junto a los nativos y algunos pocos hombres suyos fieles –pues algunos se le rebelaron y los consideró traidores. La Historia y la opinión común han bautizado este viaje como "La ruta de las tormentas". Colón no encuentra la tierra ideal ni una comunidad utópica como le sucedió en su primer viaje, aunque sí una nueva tierra del oro –Veragua. En cambio, los padeci-

[19] La *Divina Comedia* de Dante Alighieri representa muy bien el pensamiento de la época. El canto XXVI del *Infierno* tiene a Ulises como protagonista. Este héroe de la Guerra de Troya, convertido en mero navegante por Dante y condenado a los círculos infernales por su arrogancia, quiso –también según el poeta– alcanzar lo que no había podido ningún otro hombre: el Paraíso Terrenal. Cuando entrevé la elevación por sobre el mar, la teta que sobresale y que deforma la redondez de la Tierra, su embarcación naufraga y se pierde para siempre y para los hombres. Ulises no alcanza jamás el Paraíso Terrenal, pero también él es perdido de vista para el Mundo y para la representación. De repente, el autor sólo puede describir el naufragio y, luego, el alma en el más allá, pero nada de lo que hay "del otro lado del mundo". Será Dante-personaje el que sí alcanzará, en el relato, la visión del Paraíso –del Terrenal y del Divino– pero sólo después de toda una transformación de su espíritu, de haber hecho catarsis con los personajes del infierno y tras haber sido acompañado por guías espirituales que escalonadamente lo elevan hasta conseguir la visión de la perfección.

mientos provocados por la naturaleza le sirvieron para alcanzar una utopía diferente: el paraíso celestial prometido por Dios y alcanzado mediante la demostración de sus virtudes en la tierra y de la firmeza de su moral. Una "voz muy piadosa", divina y angelical, le asegura: "Los privilegios, cartas y promesas que da Dios no las quebranta. [...] Él va al pie de la letra: todo lo que Él promete cumple con acrecentamiento". La misma voz le confiesa que su gran obra quedará idealmente fijada para la posteridad: "No temas, confía: todas estas tribulaciones están escritas en piedra mármol". Para Ernst Bloch, en *El principio esperanza* (1983), el paraíso nunca es un hecho, sino una latencia y un problema de la esperanza: se encuentra cerca y lejos a la vez.

Para el pensamiento utópico, esta misma inaccesibilidad –aislamiento también en el tiempo– asegura su perfección (Levin, 1972: 58), lo mantiene invariable en el imaginario que lo representa "desde lejos". Fernando Aliata y Adriana Silvestri (2001: 23) han señalado registros de los primeros jardines cerrados de esta tradición: "tan cerrados como una ciudad, lo que implicaba necesariamente un límite". Los autores han encontrado referencias a ellos en Egipto: consistían en espacios cercados por muros que datan de 1400 a.C., con árboles, campos floridos y fuentes: un oasis de vida en las secas extensiones. En la representación colombina del espacio indiano, el Océano Atlántico constituye el límite, geográfico en este caso, que lo vuelve hermético frente a las variaciones y contingencias. Se trata de una especie de excepción en medio del transcurso cambiante del tiempo. Por esto, usualmente las visiones edénicas suelen ser islas imperturbables que no siguen las reglas de "este Mundo". Los árboles hermosos de frutos sabrosos y el río que cruza el jardín definen el huerto medieval y el jardín secreto renacentista. La tradición de la poesía bucólica o pastoril

también utiliza estas imágenes. Virgilio describe los Campos Elíseos también como *locus amoenus*, es decir como jardines amenos: "Devenere locos laetos et amoena uirecta"[20] (*Eneida*, VI, 638, 1992). Se trata básicamente en todos los casos de los mismos motivos: un prado fértil donde retozar, un elemento acuático, aire templado y un poco de sombra.

Orden sin progreso

Una característica importante de los motivos generalmente utilizados hasta el siglo XVI para describir la naturaleza es la fijeza. En esto consiste la perfección y amenidad del jardín paradisíaco, no provoca sorpresas porque es un espacio que brinda estabilidad y seguridad al individuo, además de comodidad. Así aparece la tradición en Colón:

> Por medio de aquel valle pasaba un río muy grande y muy ancho [...] Estaban todos los árboles verdes y llenos de frutas; las hierbas, todas floridas y muy altas; los caminos, muy anchos y muy buenos; los aires eran como por abril en Castilla; cantaban el ruiseñor y otros pajaritos.

La cita pertenece al 13 de diciembre de 1492, en la que se describe la isla Babeque. La acumulación y expresividad recargada logradas con el polisíndeton se corresponden con el efecto de admiración del testigo ante la excesiva belleza del paisaje. El conjunto de tópicos se repite cuando se aplica a la descripción de otras islas antillanas. Además de la tipificación de los motivos del paisaje

[20] "Llegaron a lugares gozosos y a las amenas praderas".

y del símil "como por abril en Castilla",[21] se suma a ellos la reiteración de iguales estructuras sintácticas. Las frases se simplifican hasta conformar dos miembros cada una: en primer lugar, el nombre de un elemento del paisaje ideal (río, árboles, hierbas, caminos, aires). Segundo, luego de la elisión del verbo copulativo, las cualidades –por lo general dos– (grande y ancho, verdes y llenos de frutas, floridas y muy altas, anchos y buenos) que demuestran grandeza y abundancia. De la repetición de la sintaxis y del léxico resulta una representación retórica del ambiente, artificiosa e irreal.

La utopía se vincula con los deseos de orden, proceso que otorga sentido imponiendo una estabilidad. Los que pensaron la tradición tienen puntos encontrados con respecto a este tema. Entre los que ven a la utopía como proceso regulador, podemos citar a J. C. Davis en *Utopía y sociedad ideal* (1985). Para este autor, el utopismo moderno comienza en el siglo XVI, en un marco de gobiernos débiles. En el mundo del *ancien régime*, en el que el lenguaje de la política era virtualmente indistinguible del lenguaje de la moral privada, la utopía "inyecta" imágenes de un orden social totalmente racional, de uniformidad en vez de diversidad, de burocracia impersonal funcionando neutralmente, y en un estado total generalizador. Para Davis, las utopías del siglo XVI se vinculan con los comienzos de lo que será el Estado regulador. En el caso de las Indias, la utopía y las proyecciones ideales encarnarían el deseo de imponer orden a lo que se presenta como diferente.

21 Además de una analogía, se trata de un símil y no de una comparación, porque el segundo término, "los vientos de abril en Castilla", está especificado. Los elementos comparados en esta figura retórica sólo pueden ser considerados en algunos de sus aspectos o características semejantes y "comparables" (véase el *Manual de Retórica* de Bice Mortara Garavelli, 1991).

Desde este punto de vista, estas nociones son definidas principalmente por su búsqueda de uniformidad y estabilidad. Todo el contento que implica el deseo utópico resultaría en deseo tranquilizador de orden; la felicidad en este sentido viene a ser ordenadora de un caos que se busca conjurar. Ahora bien, si las primeras crónicas de Indias constituyen un corpus repleto de proyecciones utópicas, es porque contienen una concepción de la cultura diferente marcada por el caos, la anarquía y la confusión. Ésta debe ser disciplinada en todos los sentidos en que puede entenderse este término. De hecho, todo el estatismo y las concepciones de irrealidad presentes en las crónicas de Indias se vinculan con estos deseos de imponer orden y de uniformar para negar la diferencia. Así, pues, al deseo de borrar el tiempo y el lugar mismo, debe sumarse el de conjurar al hombre "nuevo" en sus diferencias y tal cual es. Para Walter Mignolo (2009), la Modernidad es una narrativa europea que tiene su cara oculta y oscura en la colonialidad que la constituye. Precisamente, en el momento de celebración de la Modernidad –cuya retórica está determinada por las temáticas de la salvación y la novedad–, el indio americano es definido como inferior, y en esto consiste la colonialidad constitutiva de la celebratoria retórica moderna.

Sin embargo, la utopía también es pensada en términos de cambio. Segun Karl Mannheim:

> Cada época permite la aparición de aquellas ideas y valores en los que están contenidas, en forma condensada, las tendencias no realizadas y no consumadas, que representan las necesidades de esa época. Esos elementos intelectuales se convierten luego en el material explosivo para hacer estallar los límites del orden existente, que hace nacer utopias que, después, rompen las ataduras de ese orden (1958: 275).

Para Mannheim, de este modo, la utopía procura tener en cuenta el carácter dinámico de la realidad como constante proceso de cambio, intenta romper con lo establecido, que siempre consiste en un orden que se ha anquilosado. Aquí entran en juego el deseo de intervenir, de actuar siempre para cambiar algo no deseado. Del mismo modo lo entiende Beatriz Pastor en *El jardín y el peregrino*, tanto como Bronislaw Baczko,[22] al analizar el pensamiento utópico en América Latina entre los años 1492-1695. Para la autora:

> Utopía y cambio son de hecho inseparables. No porque la utopía sea una receta para un tipo de cambio programático particular –incluida la utopía comunista– sino porque el pensamiento utópico se articula siempre en la exploración de los límites de la experiencia en una situación de cambio factual o anticipado (1999: 13).

Si, por un lado, la utopía implica conservación y control sobre la otredad, por el otro, para la sociedad de origen, involucra una dinámica que termina transformándola.

Extrañas influencias de una naturaleza fertilísima

Otra de las características del espacio americano muy frecuente en la representación colombina es su fertilidad. Ésta es también la cualidad más importante del tipificado paisaje de la literatura pastoril del Siglo de Oro español.

[22] Para Baczko: "Las utopías ofrecen estructuras de bienvenida a las esperanzas colectivas en la búsqueda de una idea moral y social, y por consiguiente intervienen como un agente activo que contribuye a la cristalización de los sueños difusos" (1991: 70).

Suele estar asociada a metáforas femeninas de la productividad: la tierra es proveedora que alimenta, da vida y satisface las necesidades más primordiales de sus habitantes. Está en Hesíodo y en Ovidio, primeros retratadores de la Edad de Oro en el pensamiento occidental. Ellos fundaron esta tradición según la cual la gran productividad de la tierra basta para que los hombres dediquen poco tiempo al trabajo: "la tierra misma, libremente, sin que el azadón/ la tocase ni el arado la hiriera, lo daba todo por sí misma,/ y, contentos con el alimento producido sin exigirlo nadie,/ recogían los frutos" (Ovidio, 1991: vv. 101-104).[23] La cita pertenece a "Las edades del hombre" de la *Metamorfosis*, en la que se utiliza una hipérbole para definir la relación directa entre fertilidad de la tierra y ocio de los hombres. Cualquier trabajo humano, además de ser una agresión a la naturaleza, es totalmente superfluo. Por la abundancia de recursos naturales, o sea, sin necesidad de mucho trabajo para la satisfacción de las necesidades, los pueblos pueden vivir en paz y las tierras son igualmente felices. Cristóbal Colón se inscribe en esta tradición del paisaje bucólico o pastoril, en donde los pastores y los agricultores conviven en armonía. Aquí se confirma, por otra parte, lo percibido por Nothrop Frye en varios pasajes bíblicos: "Es natural que las imágenes pastoriles y agrícolas se superpongan con las imágenes del Paraíso. Los prados de hierba fresca y el agua en reposo del Salmo 23 pertenecen por igual a ambas" (2001: 177).

[23] El texto en latín es el siguiente: "*ipsa quoque inmunis rastroque intacta nec ullis/ saucia vomeribus per se dabat omnia tellus,/ contentique cibis nullo cogente creatis/ arbuteos fetus montanaque fraga legebant/ cornaque et in duris haerentia mora rubetis/ et quae deciderant patula Iovis arbore glandes*".

También se ha pensado a estas creaciones de sociedades ideales como negaciones de la realidad[24] o como irrealidades. Es tal la abstracción de espacio y de tiempo que realizan que las utopías parecen cuentos de hadas o sueños.[25] Ernst Bloch, por su parte, considera que ha sido fundamental, como motivación para el Descubrimiento de América, la búsqueda del Paraíso Terrenal; alucinación ésta también del propio Colón que, luego, transmitió a sus navegantes en su tercer viaje a las Indias. Así, pensamos que una de las maneras en que Occidente pudo hacer realidad y concretar en su pensamiento aquello que se le apareció ante sus ojos como inesperado –las Indias– fue justamente dándole forma de sueño, alucinación o irrealidad. Europa y, más concretamente, España han podido aproximarse y conocer el continente americano a través de la tradición libresca como lo hacían los medievales. Por ejemplo, tenemos a Colón obsesionado por las tierras del Gran Kan descriptas por Marco Polo o por las tierras fabulosas ubicadas en África y Asia por el personaje ficticio de Juan de Mandevilla. Pero el modo de aproximación no es solamente el libresco, también gran parte se ha hecho a través de componentes irreales. Nos referimos a los mitos y leyendas que ya nombramos: el Dorado, el Paraíso Terrenal y los seres prodigiosos como las Amazonas; también, a todo aquello que caracteriza idealmente a los nativos y a su ambiente.• Sólo una vez avanzada la Conquista, los amerindios serán vistos en su diferencia y no por su *irrealidad*. En la *Historia de las Indias* de Bartolomé de las Casas, encontramos una caracterización similar, una definición por negación que es, finalmente, negación de realidad. Para él, los indios principalmente

24 Véase Mauro Spagnolo, "Cartografías del deseo" (2008).
25 Véase Sevier (1995).

son *inocentes*. Este término no significaba, en la época, "sin maldad" sino "sin culpa". Según declaran sus principales escritos, esto es todo lo que Bartolomé de las Casas sabe de los indios -su falta de culpa-, es decir, sabe lo que no tienen.[26] Los primeros cronistas conocen, más bien, acerca de su propia realidad y pueden comprender todo lo nuevo que se les presenta ante sus ojos sólo en términos de irrealidad o de negación de su propia realidad.•

En el pensamiento del siglo XVI, además, existía la creencia acerca de que el ambiente geográfico y climático determinaba las naturalezas físicas y mentales de los hombres. Esta convicción tenía, desde ya, un origen en ideas y teorías de la Antigüedad. La teoría del clima o "del medio", desde Hipócrates, parecía explicar las diferencias entre las razas a partir de ciertos fenómenos observables como la situación geográfica, el clima y el suelo. Estas cuestiones tenían sus fundamentos en una noción simple de "afirmación de la unidad del mundo natural" (Pagden, 1988: 191), que luego se resumirá en una idea estoico-renacentista de correspondencia mágica entre el mundo humano y la naturaleza (Frankl, 1963: 460). Ahora bien, generalmente, esta Teoría del Medio se utilizaba para justificar prejuicios y estereotipos positivos sobre el grupo de pertenencia y negativos sobre los Otros. Bernard Lavallé aclara que Santo Tomás, por ejemplo: "en su *Summa contra gentiles* había dado razones climáticas a ciertas formas de esclavitud".[27] Éstas eran suficientes para explicar la esclavitud *natural*, a diferencia de la esclavitud legal. Aristóteles explicaba que, puesto que el cuerpo está controlado por humores, los Scitas –habitantes antropófagos de ciertas zonas en los confines de Asia y usual-

26 Véanse las importantes –aunque muy discutidas– hipótesis de Tzvetan Todorov en *La conquista de América* (1999).
27 Véase Lavallé, 1993: 50.

mente asociados con los amerindios–, que míticamente vivían en climas fríos, tenían humores "calientes" que los hacían impetuosos y "muy parecidos a los borrachos".[28]

En esta línea de pensamiento, la fertilidad del ambiente americano favorece representaciones optimistas y valorizadas de sus habitantes. En cambio, el paisaje de las Indias, durante el tiempo de la colonia, fue usualmente visto como influencia nefasta sobre los seres: los disminuía, afeaba o debilitaba. Así, a fines del siglo XVI, el cosmógrafo oficial del Consejo de Indias, Juan López de Velasco, escribía a propósito de los indios: "Son de ordinario de menor cuerpo y más débiles y flacos por la relajación del calor y vicio de la tierra".[29] Ya sea por el clima frío o caluroso, estas teorías autorizaban interpretaciones completamente contradictorias sobre la base de la misma evidencia.

Nostalgia del Paraíso y camino de retorno al jardín

Por último, nos preguntamos si la utopía suele referirse al pasado o al futuro. No estamos pensando en discursos que proyecten el espacio ideal en el futuro ni tampoco en nostalgias de una edad dorada ya pasada sino que nos referimos a si los elementos que forman parte de la descripción utópica son parte de una nostalgia del pasado o, en un sentido opuesto, son imaginaciones del presente arrojadas hacia el futuro. Para Jean Servier (1995), toda utopía es siempre un deseo de aproximarse a la pureza de los orígenes. Para Mircea Eliade, los comienzos son siempre

[28] Aristóteles, *Problemata*, 910 a 30 (citado en Pagden, 1988: 192).

[29] Juan López de Velasco, *Geografía y descripción universal de las Indias*, Madrid, BAE, CCXLVIII, 1971, p. 27 (citado en Lavallé, 1993: 54).

pensados como prestigiosos y "fuertes": "el 'comienzo' absoluto es la Creación del Mundo. [...] el Caos es anterior a la Creación [...] la idea de la 'perfección de los comienzos' se nutre del recuerdo imaginario de un 'Paraíso perdido', de una beatitud que precedía la actual condición humana" (1991: 43, 55 y 57). Son momentos de perfección que van perdiéndose a medida que transcurre el tiempo.

Así lo entiende también Ernst Bloch en el libro que ya evocamos: "Para Colón, el Nuevo Mundo era el mundo arcaico, un mundo que se hallaba intacto en el interior del Asia oriental" (1983: 353). Este término "intacto" nos sirve para entender a los primeros cronistas de Indias y al mismo Colón, ya que puede aplicarse a varios aspectos de su descripción ideal: por ejemplo, los indígenas son seres –si se nos permite el anacronismo– que no han evolucionado. Como el progreso implicaba pecado y corrupción, el haber permanecido en un estado similar al de Adán y Eva es característica de perfección. También la naturaleza ha quedado "intacta", las vilezas de la ciudad moderna no la han modificado y por esto puede satisfacer todas las necesidades de sus habitantes. Sin embargo: "se cree en la posibilidad de recuperar el 'comienzo' absoluto, lo que implica la destrucción y la abolición simbólica del viejo mundo." (Eliade, 1991: 57). En un congreso argentino,[30] Arcadio Díaz Quiñones consideró al mito de la isla desierta como signo de un nuevo origen, de un segundo despertar. Efectivamente, Europa llevó, a las islas americanas descubiertas en los primeros años de la Conquista y, por extensión, a la tierra firme del Caribe, la esperanza de un nuevo renacer para su propia cultura aquejada por

[30] VII Congreso Internacional Orbis Tertius "Estados de la cuestión": Actualidad de los Estudios de Teoría, Crítica e Historia Literaria; 18, 19 y 20 de mayo de 2009.

guerras, "vicios", injusticias y la corrupción del siglo XVI. El deseo de un nuevo despertar supone así tanto un pasado que se retoma como un futuro que busca instalarse.

Las proyecciones sobre el Caribe descubierto no son sólo un deseo de retorno al pasado sino, además, una esperanza acerca de que, en el futuro, se alcance nuevamente esa pureza original. Así fue concebido el Nuevo Mundo, como renovación en varios sentidos: como posibilidad para un retorno al cristianismo primitivo, como oportunidad que se creía perdida para el enriquecimiento y como espacio de una naturaleza virgen y generosa. Solamente el corpus colombino da cuenta de todas estas direcciones. Por esto, varias crónicas de Indias citan y repiten el idílico discurso de Colón y ellas fundan también representaciones que serán pregnantes en el imaginario de América. El Descubrimiento descripto por el Almirante es un espacio de perfección deseada: "Las tierras todas son hermosísimas, de mil hechuras, y todas andábiles y llenas de árboles de mil maneras y altas, y parecen que llegan al cielo; y tengo por dicho que jamás pierden la folia" (Carta a Luis de Santángel). Estas primeras imágenes del paisaje indiano son tenidas como comienzo absoluto de plenitud. El paraíso de las Indias, "visto" por primera vez por Colón, es una Edad de Oro y un Paraíso "recuperado". La utopía interrumpe la progresión del tiempo para volver a cero nuevamente. Es también *ucrónica*, afirma Servier, porque se alcanza la perfección cuando el tiempo no transcurre.

Relato de viaje e identidad: modulaciones del corpus colombino

> **"Antes que la estancia sedentaria, el viaje –el derrotero, la exploración, la migración, el éxodo– se halla en el fundamento mismo del mundo amerindio y también en sus metamorfosis. El viaje participa, a veces dichosamente y casi siempre con duelo, de la razón de ser de América."**
>
> JORGE MONTELEONE, *El relato de viaje*

Con esta afirmación, que prologa una recopilación de textos sobre imágenes de América, Jorge Monteleone (1998) articula los orígenes del Nuevo Mundo en relación con el viaje, antes incluso de que el descubrimiento y la conquista tuvieran lugar. La cita remite también, de manera indirecta, a las migraciones presentes en los relatos de origen del mundo amerindio (como la migración desde la mítica Aztlán hacia el centro de México que organiza la historia mexica, por ejemplo), que articulan estos relatos con formas discursivas occidentales de enorme profundidad histórico-cultural, ya que, como señala Blanca López de Mariscal (en un giro algo hiperbólico), "el viaje es el eje estructurador del relato occidental" (2004: 32).[31] Así, la definición misma de lo americano se

---

[31] López de Mariscal propone una genealogía que se remonta a la *Odisea* y a los *Nueve Libros de Historia* de Heródoto, tanto como a Plinio el Viejo y su *Historia Natural*. A partir de allí traza una línea que atraviesa el Medioevo y conduce a las crónicas de Indias, al afirmar que: "estos primeros autores dan cuenta en sus textos de una serie de elementos maravillosos, que se van a convertir en una constante en las narraciones de viaje y de viajeros que se difunden desde los albores de la Edad Media y se prolongan hasta los siglos XVI y XVII en los textos que narran los grandes descubrimientos del Nuevo Mundo. Son temas que, habiéndose inaugurado en la Edad Media, pasan al imaginario colectivo medieval, entre otras

halla ligada a desplazamientos, migraciones, fronteras, confines y zonas de contacto,[32] complejos conceptos que, a comienzos del presente siglo, no dejan de ser revisados por la crítica –aunque, en general, respecto de los viajeros del siglo XIX en adelante.[33]

El texto que inicia el corpus de la mirada occidental acerca del Nuevo Mundo es el *Diario del Primer Viaje a las Indias* de Cristóbal Colón;[34] diario de navegación y

vías, a través de las versiones narrativas de los viajes de Alejandro Magno, y cuyos ecos alcanzan una enorme difusión en textos de viajeros como Marco Polo y John de Mandeville" (2004: 34).

32 Respecto de las nociones de "desplazamiento" y "migración", remitimos a la perspectiva propuesta por Beatriz Colombi en *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)* donde, más que acentuar las diferencias o polémicas entre las nociones de exilio, diáspora, inmigración, migración, viaje, etcétera, adopta un "concepto más complejo, [el del] viaje-desplazamiento" (2004: 15). Respecto de la noción de "frontera", seguimos el abordaje de Elena Altuna, quien las define como "lugares donde entran en contacto cuerpos, ideologías, visiones de mundo, lenguas y no meramente espacios geográficos" (2004: 14), en una lectura deudora de la noción de "zona de contacto" planteada por Mary Louise Pratt (1997).

33 En relación con las crónicas de Indias (en especial las tempranas) y el relato de viaje, los trabajos críticos han sido menos profusos, aunque en los últimos diez o quince años se han publicado investigaciones renovadoras que echan luz sobre estas textualidades, más allá de los ya transitados vínculos con el relato de viaje medieval que sí habían sido más trabajados por la crítica (véase Carrizo Rueda, 1997 y Popeanga, 1991, por ejemplo). Entre estas, vale la pena destacar los trabajos de Elena Altuna (2002; 2009), Blanca López de Mariscal (2004) y Jimena Rodríguez (2010). De los artículos críticos, son de especial utilidad los de Miguel A. Guerin (1992) y Margarita Pierini (1994).

34 Margarita Pierini aclara que: "la literatura de América se abre con un libro de viajes, el *Diario* de Colón [...], texto fundador en tantos sentidos y que lo es, también, respecto al género viajes. En él encontramos ya una serie de constantes que se proyectan a través

conquista, cuaderno de bitácora, relación (informe) a las autoridades, sumario atravesado por distintas voces y usos (por narradores diversos), fundante, en su heterogeneidad textual, de representaciones sobre las Indias/ el Nuevo Mundo, configuradas en el imaginario medieval pero atravesadas por una renovada tensión hacia la redefinición de la *ecumene* que la experiencia de lo diverso impulsa.[35] A partir de este diario, hablar del espacio americano será referirse a viajes, tránsitos y derroteros, exploraciones y conquistas, al encuentro con la novedad y a las dificultades de su plasmación textual. En el primer viaje colombino estamos, además, ante las inflexiones de un cuaderno de navegación que articula en su centro las vicisitudes del derrotero marítimo, un espacio que se va constatando (descubriendo, midiendo, ajustando) y que otorga una prosodia peculiar al texto (volveremos más adelante sobre este punto).

Por tanto, las primeras imágenes sobre estas Indias (luego, el Nuevo Mundo) que el relato colombino provee se caracterizan por el desplazamiento (movimiento-itinerario) marítimo y terrestre, hacia lo prefigurado pero también hacia lo desconocido (*mare tenebroso, terra incognita*), unido de forma indisoluble a la pregunta por la identidad y la incidencia (simbólica y fáctica) del saber sobre el Otro que, en muchos casos, define las posibilidades de la conquista. Fundamental es también la preeminencia de la primera persona, ya que todo viaje involucra a los sujetos que lo protagonizan y a quienes lo relatan, así

de los siglos y que pueden servir para caracterizar al viajero que llega a tierras americanas" (1994: 163).

35 Miguel A. Guerin define la ecumene como "la totalidad de las tierras habitadas a las que una cultura se siente referida", y agrega: "El límite de la ecumene no está dado por el desierto demográfico sino por el comienzo de los lugares habitados por culturas de las que prescinden los discursos sobre la ecumene" (1992: 6).

como la evaluación de sus resultados respecto de las expectativas iniciales. En los viajes colombinos, la primera persona es espacio de autorización de lo dicho y también disputa por la autoridad enunciadora y por la escritura misma.

Por otro lado (y de incidencia no menor), en el juego de metáforas que el género posibilita se destaca la escritura como viaje, deslizamiento que también involucra la traslación y la traducción, definidas por saberes heterogéneos, experiencias propias y ajenas, impresiones que trazan profusas redes de diálogo, polémica y comunicación. Esto es especialmente complejo en el *Diario del Primer Viaje* pero se extiende a todo el corpus colombino en la medida en que presenta, de manera que luego será paradigmática, las modulaciones de la ausencia, la interpolación y la traspolación textual. Así, dicho corpus problematiza algunas de las premisas fundamentales del género relato de viaje, en especial aquella vinculada con el narrador-viajero: el que narra es el que viaja. Con su profusión de narradores (el narrador-protagonista y el narrador-editor en el primer viaje), la escritura del desplazamiento se complejiza, convoca diversos *locus* de enunciación y acorrala incluso la noción de autoría. En tanto fundacional, el corpus colombino funda la polémica, la interpolación y también la elipsis que constituyen el archivo americano.

El relato de viaje en el corpus colombino

> "Venid a ver los hombres que vinieron del cielo."
> *Diario del Primer Viaje a las Indias*

Así como las fronteras de todo espacio son porosas, también lo son los límites del género aquí aludido, siempre en el entrecruzamiento entre memoria, testimonio, historia, viaje y autobiografía. Lo que define el relato de

viaje es su indefinición: complejo, contradictorio en cuanto a su inscripción genérica, variable diacrónicamente, capaz de incluir diversos tipos discursivos y textuales. Tensionado entre ficción y factualidad, experiencia y escritura, verdad y verosimilitud, este tipo de textos pareciera resistirse a los límites fijos. Más aún, en tanto relato de un desplazamiento (ya sea virtual o real, exploración o conquista, migración o derrotero) pareciera compartir con su referente cierta expansión de los límites (de la textualidad en este caso). En consonancia con buena parte de la crítica, que lo define como género "híbrido" (Colombi, 2010), entendemos aquí que el relato de viaje es un tipo textual siempre "fuera de lugar", es decir, descentrado, a caballo entre géneros, épocas, narradores e intencionalidades.[36]

En el corpus colombino, la presencia de narradores diversos –y de transformaciones en las características del

---

36 Empero, estas consideraciones podrían llevarnos a decir que todo es relato de viaje –en la medida en que hay viajes imaginarios y otros reales; escritos en primera y en tercera persona; viajes fantásticos y maravillosos; en poesía o en prosa– o a que toda definición es imposible. Lejos de esto, adscribimos a la tesis de Walter Mignolo cuando indica que "la clasificación de textos depende de la cultura [en la cual] tanto el productor (o el autor) escribe su texto respondiendo a un horizonte de expectativas, como la audiencia interpreta el texto en cuestión sobre el horizonte de expectativas que el texto orienta por la clase a la cual pertenece" (1981: 360). Por eso, toda definición genérica deberá tener en cuenta la colocación histórica del texto en cuestión, los presupuestos y pactos de lectura que lo sostienen y la distancia que media entre la producción y la recepción actual. De allí que, en principio, sigamos la categoría de "viaje" que propone Blanca López de Mariscal (a partir del *Diccionario de Autoridades*): "jornada que se hace de una parte a otra por mar o tierra; es término formado *pot viam agüere* [hacer camino]. Entre otras acepciones se toma también por el camino por donde se hace el viaje y por un modo particular de andar" (2004: 18).

narrador-viajero a medida que el texto se despliega- no hacen más que abonar la tesis de la heterogeneidad de este tipo textual, enlazándolo de manera central con el archivo americano todo, al que Antonio Cornejo Polar (1994) definió, justamente, a partir de la categoría de "heterogeneidad enunciativa". No sólo ello, sino la distancia en la caracterización misma del viaje que media entre el *Diario del Primer Viaje* y la Carta del Almirante a los Reyes Católicos (relación del cuarto viaje) evidencia, de manera más general, las profundas transformaciones que el relato occidental está atravesando en este momento de inflexión que es el pasaje de siglo XV al XVI. Ambos viajes organizan, asimismo, dos travesías distintas: la primera, circular; la segunda, zigzagueante, en una experiencia del espacio que es también una transformación en la mirada y en la percepción del Otro y de *lo otro*,[37] como veremos enseguida.

Ingresa aquí uno de los temas-eje de todo desplazamiento hacia las Indias/el Nuevo Mundo: la experiencia de lo *otro*/la representación del Otro. Si es posible afirmar que uno de los parámetros constantes del viaje es "el desplazamiento de lo propio para salir al encuentro de lo *otro*" (Colombi, 2010: 287), todo relato de viaje puede ser concebido, en verdad, como una heterología (De Certeau, 1993): un discurso sobre el Otro cuya condición de posibilidad radica en objetivar, separar, *suprimir* al Otro y traspolarlo (transformarlo, traducirlo) en dimensiones inteligibles para el Yo. De ese modo, el relato de viaje es la narración de una cercanía (un encuentro) y una distancia irreductibles, que se constituyen textualmente *al mismo tiempo:* dos caras de una misma moneda, inseparables entre sí como los planos del signo. Se comprende entonces

[37] Tomamos estas referencias a las estas "figuras del desplazamiento" del libro de Jimena Rodríguez, *Conexiones transatlánticas* (2010).

la importancia de volver sobre el corpus colombino alumbrándolo desde esta perspectiva: allí, el viaje hacia lo *otro* se plantea desde sus inicios como un desplazamiento hacia lo conocido (se busca una nueva ruta para llegar a un espacio ya referido y experimentado, las Indias, aunque no exento de fábulas, peligros y secretos); como un encuentro con lo esperable y, al mismo tiempo, con lo maravilloso y lo disforme (términos que se reiteran con insistencia iterativa en todo el corpus); como una validación y una renovación de anteriores experiencias y relatos (desde los testimonias de navegaciones comerciales y tratos mercantiles en la costa africana hasta los relatos de viaje de Marco Polo, Tamorlán o Mandevilla, por nombrar sólo los más recordados). Por eso, estos textos se pueblan de referencias y seres que connotan espacios utópicos; también de criaturas disformes: sirenas, cinocéfalos, amazonas y antropófagos (cuya transformación en caníbales marcará una de las inflexiones fundamentales en el corpus colombino y en el archivo occidental posterior, como veremos en los próximos apartados).

Pero antes de adentrarnos en estas inflexiones de la alteridad (y la identidad), conviene retomar la discusión acerca de las características formales –estructurales- que organizan el relato de viaje en las crónicas de Indias, porque es en esas escenas donde la representación es puesta a prueba y encuentra sus límites. Para ello, seguimos la propuesta de Jimena Rodríguez (2010), quien define al "itinerario" como eje estructurador del relato de viaje, ya que "ocupa la totalidad del relato y organiza todo el material narrativo en una sucesión cronológica de nombres de lugares y su descripción" (2010: 44). Para dar cuenta de dicha organización narrativa es preciso "atender a la disposición del viaje", para lo cual "la totalidad del itinerario puede ser dividida en cuatro secuencias narrativas: la partida, la travesía, el encuentro y el retorno"

(2010: 44). Estas cuatro secuencias pueden ser identificadas (y analizadas) de manera comparativa en el *Diario del Primer Viaje* y en la *Relación del Cuarto Viaje*; todas ellas están atravesadas por dimensiones constitutivas del viaje (el relato acerca del *Otro*, la experiencia como valor de verdad, la contraposición sacrificio/beneficio), articuladas en torno a procedimientos centrales en este tipo textual (y diversos de otros géneros): la descripción y la digresión (Colombi, 2010);[38] y reordenadas a partir de una tópica específica.[39]

Por último, subrayemos una vez más que si lo que define al relato de viaje en los siglos XVI y XVII es una confusión fronteriza entre géneros propia de la época (cuando los límites entre relación, crónica, carta, historia y literatura eran bastante difusos), entendemos que una lectura del corpus colombino desde esta perspectiva contribuirá a mostrar de qué manera estos textos amplían los límites genéricos y son respuesta a la revolución cultural del encuentro con el Nuevo Mundo, que impacta en las formas tradicionales del relato al tiempo que ponen en escena cierta confianza en la escritura y exhiben la memoria de estos desplazamientos como tácticas de conformación de identidades. Si para Enrique Pupo Walker (1986) las crónicas expandieron los límites del discurso histórico y conformaron una nueva tipología, el relato de viaje en el corpus colombino contribuye a y se

[38] Según Percy G. Adams (1983), el viaje es un sistema digresivo que admite todo tipo de interpolación y detalle. Dicha estructura, aunque en incipiente conformación en el siglo XVI, sirve al tipo de relato que el corpus colombino busca plasmar, en especial debido a la variabilidad de experiencias que caracteriza el derrotero en territorio americano.

[39] Beatriz Colombi define "tópica" como "conjunto de lugares comunes que se traducen en pequeños relatos dentro del gran relato del viaje" (2010: 294).

define por esta ampliación de fronteras: del género, de la identidad y la autoconfiguración, de las posibilidades de aprehender cognitivamente lo distinto, de la noción de espacio tal como era concebida entonces y también de lo leído y de lo legible. Dedicaremos los próximos apartados a explorar esas fronteras: esos confines.

Itinerarios: la partida

Instancia liminar de todo viaje (y de todo relato de viaje), la partida organiza un discurso peculiar sobre el espacio, específicamente vinculado con la idea de frontera (y de confín hacia el cual se parte), articulador de un *acá* y un *allá* (un *nosotros* y un *ellos*) en incipiente desplazamiento. En el corpus colombino, es el espacio de la *salutatio* y la *captatio benevolentiæ*, zona textual donde la figura del narrador-viajero se articula con la construcción de la imagen enaltecida del Almirante de la Mar Océana, recordando mercedes prometidas (en el primer viaje) y alcanzadas, polémicas e incluso discutidas (en el cuarto). Si bien tanto la relación del primer viaje como la del cuarto son textos híbridos (cuaderno de bitácora, diario, libros erudito, informe), ambas inician el relato con la forma de la epístola, género privilegiado para dirigirse a la autoridad, que erige tanto una relación de subordinación y vasallaje como un diálogo directo con los Reyes que, por contrapartida, enaltece la figura del enunciador.

Ahora bien, en términos estrictos, el comienzo del *Diario del Primer Viaje* no es el relato de la partida sino la enumeración (y rememoración) de condiciones históricas previas o concomitantes (la caída de Granada, por ejemplo), la ratificación de acuerdos (las Capitulaciones de Santa Fe), la inscripción de la expedición dentro de un plan mayor, vinculado con lo providencial y lo mesiánico. Recién luego de este *racconto* se produce la partida y se inscriben las coordenadas temporo-espaciales de rigor:

> Y partí yo de la ciudad de Granada a 12 días del mes de mayo del mesmo año de 1492, en sábado. Vine a la villa de Palos, que es puerto de mar, adonde armé yo tres navíos muy aptos para semejante hecho, y partí del dicho puerto muy abastecido de muy muchos mantenimientos y de mucha gente de la mar, a 3 días del mes de agosto del dicho año en un viernes, antes de la salida del sol con media hora, y llevé el camino de las islas de Canaria de Vuestras Altezas, que son en la dicha mar Océana, para de allí tomar mi derrota[40] y navegar tanto que yo llegase a las Indias, y dar la embajada de Vuestras Altezas a aquellos príncipes y cumplir lo que así me habían mandado; y para esto pensé de escribir todo este viaje muy puntualmente de día en día todo lo que hiciese y viese y pasase, como adelante se verá.[41]

Derrotero y escritura se articulan de manera indisoluble ya desde estos comienzos, inscribiendo una direccionalidad (las Indias) y un camino, a través de las islas Canarias, hacia lo desconocido. Éste es el espacio textual de inflexión, la inscripción escrituraria de el *aquí* y el *allá,* así como la presentación del relato en términos de mandato y obligación respecto de la Corona. Estas referencias se completan con la inscripción efectiva del 3 de agosto, que inicia el diario de navegación y la travesía marítima:

> *Viernes 3 de agosto.* - Partimos viernes 3 días de agosto de 1492 años de la barra de Saltes a las ocho horas. Anduvimos con fuerte virazón hasta el poner del sol hacia el Sur sesenta millas, que son quince leguas; después al Sudoeste y al Sur cuarta del Suroeste, que era el camino para las Canarias.

Esta primera inscripción textual organiza la trama del cuaderno de bitácora: la atención a la inscripción temporal; la meticulosa anotación de distancias (en leguas y millas), más importante aún en la medida en que se busca delinear una nueva ruta que, si exitosa, debe ser recorrida nuevamente en otros viajes; la direccionalidad y la inscripción del lugar conocido: las Canarias.[42]

Distinta es la inflexión en la Relación del Cuarto Viaje, donde la *salutatio* ("Serenísimo y muy altos y poderosos príncipes, Rey y Reina Nuestros Señores") da paso inmediato a la partida, es decir, al relato de viaje propiamente dicho, codificado de acuerdo con las mismas inscripciones temporo-espaciales que mencionamos más arriba. No obstante, aquí la partida (escueta en su despliegue) se articula con el sumario y la puesta en escena del conocimiento ya mucho más acabado acerca de esta ruta: "[...] y pasé a Canaria en cuatro días, y dende a las Indias en diez y seis días, donde escribí a Vuestra Alteza que mi intención era dar prisa a mi viaje en cuanto yo tenía los navíos buenos, la gente y los bastimentos, y que mi derrota era en la isla de Janahica". Entonces, si el *locus* de enunciación es distinto respecto del primer viaje, aquí el narrador-viajero (que controla el texto sin interpolaciones) hace valer los saberes previamente adquiridos y organiza en esta primera

---

40 En terminología náutica, "derrota" significa "rumbo o dirección que llevan en su navegación las embarcaciones" (DRAE).

41 Cada una de las citas es analizada de forma pormenorizada en la edición anotada de estas dos relaciones, por eso no se reiteran las referencias en esta Introducción.

42 Recordemos que recién se internan en una ruta desconocida el 6 de septiembre, es decir, un mes después de esta partida debido, entre otras cuestiones, a que a los cuatro días de partir se rompe el timón de la *Pinta,* lo cual los obligó a detenerse varios días. Por otro lado, faltan desde el 9 de agosto hasta el 6 de septiembre en el resumen lascasiano, aunque los especialistas coinciden en que seguramente había anotaciones en el cuaderno de bitácora respecto de estos días.

escena una imagen propia de decisión y asertividad que, sin embargo, pronto será desarticulada por los hechos.

De este modo, si ambos *comienzos* presentan una autodefinición del narrador-viajero y un vínculo peculiar con la autoridad, la lectura comparada de ambos exhibe la configuración de actitudes textuales donde la experiencia previamente adquirida (o los saberes respecto de lo que se espera encontrar) modulan la elipsis o bien la reverberación de acuerdos y promesas.

Itinerarios: la travesía

En *Conexiones transatlánticas,* Jimena Rodríguez caracteriza esta dimensión como la "reconstrucción textual del viaje en su conjunto, que se manifiesta en la articulación de tres elementos: un sujeto de la narración preciso, el viajero, que generalmente es también el narrador del relato; coordenadas espacio-temporales; y verbos de movimiento" (2010: 45). Siguiendo esta definición, la travesía constituye la mayor parte de las relaciones del primer y cuarto viajes, trazadas de acuerdo con dos figuras de desplazamiento disímiles: circular en el primer caso, zigzagueante en el segundo.

Una vez más, es el *Diario del Primer Viaje* el que pone en tensión estas líneas directrices, en especial con respecto a la figura del narrador. Si bien en algunos tramos quien narra es el viajero (el Almirante), en otros (en buena parte del texto) el narrador es el copista, editor, comentador. Entonces, el relato de viaje se transforma en un relato insertado o bien en una transcripción indirecta de experiencias, coordenadas y locaciones que el editor mismo se permite corregir a veces. En buena medida y en relación con esta coexistencia de narradores, este *Diario* pone en escena las tensiones entre experiencias de las Indias/el Nuevo Mundo, dimensión fundamental del debate acerca de la configuración de las crónicas en torno a la experiencia o el saber letrado. Ambos narradores escriben desde la convención de lo visto y vivido: el narrador-viajero testimonia, informa, detalla su *derrota* (como es su obligación); el narrador-editor confronta las aseveraciones del diario colombino con su propia historia en las Indias (recordemos el pasado de Las Casas como encomendero y luego como capellán de Velázquez en Cuba), y despliega una serie de saberes lingüísticos, culturales, históricos e incluso geográficos.[43]

Con respecto a las coordenadas espacio-temporales, la lectura comparada de las relaciones del primer y el cuarto viaje enfatiza la distancia que media de la expedición a lo desconocido (aunque sugerido, sospechado, esbozado en mapas y relaciones de otros viajeros) en el primer caso, a un recorrido cuya factibilidad se ha probado, pero que no deja de señalar la dimensión de lo nuevo y la búsqueda central, que organiza todo el corpus colombino: el oro (Jitrik, 1992). En más de un sentido, las relaciones de estos viajes se proyectan entre sí como imágenes de un espejo invertido: de la calma a la tempestad; de la imprecisión a la asertividad; también de cierto ánimo exultante al tono lamentoso y apesadumbrado.

En el *Diario del Primer Viaje,* la notación diaria vinculada con las características del cuaderno de bitácora otorga una organización peculiar a la trama: cronológica, sí, pero también obligada al pormenorizado detalle de distancias, vientos, clima, movimientos del mar. De allí que el texto se pueble de profusa terminología náutica, enunciada por un narrador-navegante que inscribe día a día las peculiares circunstancias de esta *empresa.* A esto se añade que las coordenadas espaciales –que miden distancias y mapean

---

43 Véanse las anotaciones de Las Casas al margen, incluidas en esta edición.

derroteros- están signadas por la duplicidad: la transcripción que propone Las Casas enfatiza una doble notación: "[...] y acordó contar menos de las que andaba, porque si el viaje fuese luengo no se espantasen ni desmayase la gente" (domingo 9 de septiembre); "En aquel día con su noche anduvo sesenta leguas, a diez millas por hora, que son dos leguas y media; pero no contaba sino cuarenta y ocho leguas, porque no se asombrase la gente si el viaje fuese largo" (lunes 10 de septiembre), por ejemplo. Esta zona de la travesía marítima se articula sobre mediciones superpuestas, en un texto que actualiza tanto el recelo de la tripulación como los saberes privilegiados que el Almirante guarda con enconado celo.

Por último, nos interesa profundizar las peculiaridades de la travesía marítima en ambas relaciones. En el *Diario del Primer Viaje* y contra lo esperable en un desplazamiento hacia lugares apenas intuidos, es la calma (no la fiereza del mar ni las tempestades que sí los azotarán al regreso) la que constituye una verdadera amenaza para la expedición: recordemos que las carabelas son naves veloces y livianas, pero que dependen centralmente de los vientos para desplazarse. La inesperada *calmería* acontece en el ingreso al mar de los Sargazos;[44] la expedición se detiene, y si en un principio los sargazos son interpretados como indicios certeros de la cercanía de tierra, luego esa lectura deja paso a la zozobra que, una vez más, amenaza la cohesión de las tripulaciones.

Así, esta primera parte de la travesía se constituye sobre lo inesperado, sobre la detención que es contracara de la condición *sine qua non* de todo viaje: el desplazamiento. Ante el temor de la imposibilidad de regresar ("[...] mi gente andaban muy estimulados, que pensaban

[44] Acerca de este espacio marítimo, véanse las notas al *Diario del Primer Viaje* en esta edición.

que no ventaban estos mares vientos para volver a España"; sábado 22 de septiembre), el *Diario* inscribe la experiencia desesperante de un viaje imposible (en el oxímoron de un barco detenido en medio del océano), definido a partir de un término que se reitera con insistencia, "calma", y que marca el ingreso de las referencias providencialistas: "«Así que muy necesario me fue la mar alta, que no pareció, salvo el tiempo de los judíos cuando salieron de Egipto contra Moisés, que los sacaba de captiverio»" (domingo 23 de septiembre).

El otro elemento fundamental que organiza la travesía marítima en el *Diario del Primer Viaje* es la tierra. En verdad, se trata de los indicios de tierra, reiterados con hiperbólica insistencia hasta el 11 de octubre. Cada uno de los elementos y de las dimensiones que articulan el relato de los días de navegación funciona como indicio de la tierra que se sospecha, se desea, se vislumbra, incluso se cree ver tres semanas antes de tocar la isla de Guanahiní, tal como ocurre el martes 25 de septiembre, por ejemplo. En sus distintas caracterizaciones, la flora y la fauna que los diarios inscriben como índices remiten a la caracterización clásica del espacio utópico (ya detallado): los aires "dulces y suavísimos" (sábado 29 de septiembre); los ruiseñores; la mar "llana como un río" (29 de septiembre); la abundancia de hierba. Estos indicios anticipan un espacio pletórico que, en resumidas cuentas, connota el bien principal, el oro, vinculado con dos espacios específicos: la Corte del Gran Kan y las riquezas asociadas a los confines y a lo disforme/maravilloso/monstruoso desde los relatos de viaje de la Antigüedad (Hulme, 1986).

En la *Relación del Cuarto Viaje*, en cambio, el derrotero marítimo está caracterizado, casi desde el comienzo, por una violenta tempestad que signa la expedición toda: "Esa noche que allí entré fue con tormenta grande, ya perdido, si Dios no me diera presto el socorro, y me persi-

guió después siempre".[45] Se inaugura así el "discurso narrativo del fracaso" (Pastor, 2008), que instala un *crescendo* de temores y desgracias frente a una naturaleza completamente hostil, cuya descripción acude a lo apocalíptico e incluso a lo escatológico. Así, el texto se constituye a partir de un campo semántico que enlaza lo "espantable", la oscuridad, el temor e incluso la inscripción textual de la muerte posible: "Otras tormentas se han visto, mas no durar tanto ni con tanto espanto. Muchos esmorecieron, harto y hartas veces, que teníamos por esforzados. [...] Yo había adolecido y llegado hartas veces a la muerte". Esto se articula con otra de las vertientes fundamentales del relato de viaje, los *esfuerzos* y *fatigas* del viajero-navegante-explorador, al tiempo que se enfatiza la dimensión providencialista e incluso mesiánica.[46]

Claro que, a pesar de la "harta fatiga", el narrador continúa la narración, que ahora se ha transformado en un registro pormenorizado del lamento, la queja y el reclamo. De allí que la estructura de esta carta de relación remede una travesía zigzagueante: el derrotero está marcado por el esfuerzo y por un enconado enfrentamiento entre la desgracia y la providencia. Así, el espacio textual oscila hacia la primera persona protagonista y sus álgidas vicisitudes, en un relato donde el verdadero referente es el Almirante, sus méritos y su difícil situación (en el eje de polémicas, pleitos y disputas políticas) que le impide, por ejemplo, desembarcar en la Española. Por eso, en el cuarto

45 Todas las citas pertenecen a la *Relación del Cuarto Viaje* en esta edición.

46 "¿Quién nació, sin quitar a Job, que no muriera desesperado que por mi salvación y de mi hijo, hermano y amigos me fuese en tal tiempo defendido la tierra y puertos que por voluntad de Dios, gané a España sudando sangre?" (Acerca de la figura de Job, véanse las notas a la *Relación del Cuarto Viaje* en esta edición.)

viaje hay reducido espacio para aquello que constituye imagen fundante (y fundamental en todo texto de viaje): el encuentro con el Otro. Marca de la distancia y la diferencia entre el primer y el cuarto viaje, las imágenes del Otro inscriben una dicotomía de honda persistencia en el archivo americano.

Alteridades: del salvaje al caníbal

> "Ellos andan todos desnudos como su madre los parió."
> Cristóbal Colón, *Diario del Primer Viaje a las Indias*

Señalamos ya que todo relato de viaje pone en escena un discurso sobre el Otro (una heterología) que es, también (y en especial), un discurso acerca del Yo. Sobre estas representaciones (entendidas también como construcciones especulares) se configuran los itinerarios de numerosos viajes hacia parajes exóticos, remotos o intransitados, como es el caso del primer viaje de Colón. Los exploradores del siglo XV cuentan con representaciones previas (cuya profundidad histórica se remonta a la antigüedad greco-romana, mediada por las peculiares inflexiones de la tradición judeo-cristiana en el Medioevo); tópicas que permiten aprehender al Otro y reducir, a un tiempo, la amenaza que éste representa para la conformación de la propia identidad.

En este marco y cuando se trata de leer el corpus colombino, la pregunta acerca de la inscripción discursiva de la alteridad constituye una constante en la mirada crítica.[47] Fundamentales en la renovación de estas miradas

47 Entendemos el concepto de "alteridad" -de larga tradición filosófica- en su relación con la noción de "identidad" y en el contexto específico de los estudios latinoamericanos a partir de los trabajos

fueron dos estudios: *La conquista de América. El problema del otro* ([1982]1999)[48] y *El salvaje en el espejo* de Roger Bartra (1992). Si el texto de Todorov interroga de manera directa el *Diario* colombino a partir de la dimensión de la hermenéutica, la comunicación y la interpretación, el texto de Bartra (desde una perspectiva antropológica) se propone dar cuenta de la conformación de la imagen del salvaje en Occidente, "ingrediente original y fundamental de la cultura europea [...] que obedece a la naturaleza interna de la cultura occidental" (2011: 15). En su aproximación, ambos reúnen alusiones a las dos figuras (antitéticas y complementarias a un tiempo) que el *Diario del Primer Viaje a las Indias* actualiza e inaugura: el buen salvaje y el caníbal.

Ya nos hemos referido parcialmente a las características del buen salvaje a lo largo de esta introducción. Restan apenas algunas apreciaciones puntuales. Vinculado de manera directa con "el mito del Paraíso terrestre y sus habitantes en los tiempos fabulosos que precedieron a la Historia" (Eliade, 1991: 3), hay consenso entre los especialistas acerca de que el mito del buen salvaje adquiere sus contornos actuales en la Modernidad (y en relación con el pensamiento de Jean Jacques Rousseau), pero que presenta una formulación fundamental anterior, en la primera imagen colombina sobre los habitantes de las islas a las que arribam se aludió, y se inscribe, siempre, junto a su contracara necesaria: el caníbal.

de Enrique Dussel (1992) y Roger Bartra (1992). Para un recorrido más general acerca del concepto, véase Rabinovich (2009). Asimismo, compartimos las afirmaciones de Liliana Weinberg: "No debe olvidarse que, además de ser una 'táctica discursiva', el concepto de álteridad es una 'estrategia que relaciona todo discurso con la simbólica del poder y con la práctica" (1994).

48 Véase "Bibliografía comentada" en esta edición.

Pero no olvidemos que, antes de ser "bueno", se trata de un ser "salvaje", intrínsecamente vinculado con el espacio del Paraíso Terrenal, el recuerdo de una Edad de Oro (anterior a La Caída) y el mito del retorno al origen. Un ser definido a partir de la nostalgia de lo primigenio y de un estado de naturaleza, perdida por culpa de la civilización (Eliade, 1991). En este marco, el buen salvaje –que pone en evidencia la nostalgia de la condición edénica, fundamental en el imaginario occidental– se define por medio de una serie de características fijas: la desnudez, la falta, la vida *en* la naturaleza, la ausencia de marcas que denoten (los peligros y la corrupción de) la civilización; la falta de lengua: el hablar del salvaje es un murmullo inteligible que supone ciertos modos de la comunicación, más vinculados con lo empático que con lo lingüístico.[49]

Todas estas características, prefiguradas en la reconstrucción medieval de esta figura a partir de los modelos griegos,[50] constituyen las imágenes a través de las cuales el encuentro entre extranjeros e indígenas se hará inteligible para los primeros, es decir, transmisible, narrable: concebible. Por eso está presente desde las primeras imágenes de contacto y rescate el 12 de octubre de 1492,

49 Con respecto al tipo de naturaleza en la que vive el salvaje según la perspectiva medieval, Roger Bartra amplía: "La naturaleza no era simplemente la suma de los minerales, vegetales y animales: era un espacio inventado por la cultura para establecer una red de significados supuestamente externos a la sociedad, con el fin de reflexionar sobre el sentido de la historia y la vida de los hombres en la tierra. [...] El hombre salvaje tenía con la naturaleza una relación que, por analogía, establecía un canon de comportamiento social y psicológico: se fundía o se confundía con su medioambiente boscoso: era un hombre natural, simétricamente opuesto al hombre social cristiano" (2011: 102).

50 Se trata de las historias de Heródoto y también de la *Historia natural* de Plinio el Viejo, entre las más citadas y referidas en el siglo XV.

tal como se inscriben en el *Diario* (y que mencionamos al principio de esta introducción):

> En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad. Mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide más de una harto moza. Y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de más de treinta años: muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras: los cabellos gruesos cuasi como sedas de cola de caballos, e cortos: los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos de tras que traen largos, que jamás cortan. [...] Ellos no traen armas ni las conocen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo y se cortaban con ignorancia. [...] Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza y buenos gestos, bien hechos.

La desnudez y la falta constituyen las primeras dimensiones para caracterizar a esta "gente muy pobre de todo". La pobreza indica, aquí, no la ausencia de riquezas en el territorio –que, por el contrario, a esta altura de los acontecimientos, el Almirante cree inminentes-, sino la *falta* vinculada con un estado de naturaleza, donde las marcas de la civilización (de la cultura) están ausentes. El otro elemento fundamental, por sus reverberaciones significantes, es la desnudez: su presencia remite de inmediato al Paraíso primigenio, centro productor de innúmeras imágenes en el imaginario judeocristiano y que, por la época del "descubrimiento", tenía aún una ubicación geográfica posible, aunque remota.[51]

Este primer retrato del salvaje se completa con referencias a dos dimensiones fundamentales en la descripción

[51] Recordemos que, en el relato de su tercer viaje, Colón afirma haber llegado al Paraíso Terrenal.

del Otro: el pelo y el color de la piel. La imagen colombina –inserta, en operación textual no menor, por medio del discurso directo- articula dos dimensiones significantes y pone en evidencia el poderoso ajuste entre la tópica y la narración de la experiencia de lo nuevo. Expliquémonos: toda caracterización del salvaje tiene uno de sus ejes centrales en la representación del cuerpo; existe una tipología del cuerpo salvaje contra la que es posible contrastar a estas *gentes*. Entonces, si una de las características del salvaje era la profusión de vello corporal –índice certero de sus vínculos con la naturaleza-, esta primera descripción lo organiza a partir de un desplazamiento: por medio de la enumeración acumulativa y la parataxis se presenta un cuerpo salvaje de vello abundante y espeso ("los cabellos gruesos casi como sedas de colas de caballo") pero corto, y a un tono de piel peculiar "de la color de los canarios, ni negros ni blancos". Estas breves referencias exhiben cómo funciona la construcción de la imagen del salvaje en el texto colombino: a partir de la constatación y la transformación a un tiempo. Si el salvaje americano está prefigurado en el *homines agrestes* medieval (Bartra, 2011: 93), el narrador-viajero actualizará representaciones del Otro vinculadas con otros desplazamientos (viajes comerciales en las costas de África y Asia, por ejemplo). De allí las referencias a los *canarios,* habitantes las Canarias: límite del mundo conocido hasta que los barcos comandados por Colón inician su travesía; marca por tanto de lo diferente y lo fronterizo, sin ser aún lo radicalmente distinto.[52]

[52] Al respecto, amplía Consuelo Varela: "Desde la Antigüedad se pensaba que el color de los habitantes se iba oscureciendo conforme se avanzaba hacia el Sur. En un paralelo inferior a las islas Canarias pensaba Colón encontrarse con hombres negros" (1992: 111).

Así, en el *Diario del Primer Viaje,* esta tópica del cuerpo salvaje se completa con referencias a un cuerpo mancebo y bien formado, de buena estatura –otra de las características centrales del salvaje medieval- y "buenos gestos". En este punto, la representación del Otro exhibe una inflexión que entrecruza otras dimensiones: más allá del hombre silvestre (vinculado incluso con lo monstruoso o lo teratológico, desde una perspectiva teológica), hacia una serie de referencias de carácter y comportamiento que conducen nuevamente a la nostalgia de lo primigenio (el Paraíso): "Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decía, y creo que ligeramente se harían cristianos; que me pareció que ninguna secta tenían."

La imagen que cierra este día en la transcripción de Las Casas reúne la mirada del viajero con la del navegante-comerciante que busca sacar provecho de lo hallado, ya sea flora, fauna o habitantes de esta isla. Asimismo, se articula con un ideal mesiánico también muy presente en la época: la falta de *secta*, la supuesta factibilidad de una rápida evangelización, argumento que tiene numerosas aristas en la medida en que sirve tanto a un ideal como a la legitimación efectiva de la exploración y conquista (que será refrendada en 1493 por las Bulas Alejandrinas que favorecen a los Reyes Católicos).

Por otro lado, en la trama del *Diario* esta inscripción del Otro indígena en el primer encuentro constituye el eje significante a partir del cual se erige toda figura de la alteridad de aquí en más, en la medida en que organiza una tópica del Yo y del Otro que se reiterará, reverberante, en todo este texto y en las cartas que dan cuenta de este primer viaje (la Carta a los Reyes y a Luis de Santángel), así como en los relatos de los tres viajes posteriores. Ya desde este momento inaugural se destaca la primera referencia a los "antropófagos", que serán denominados "caníbales" más adelante en este mismo diario; signo fundante a cuya génesis asistimos en la trama del texto colombino.

El caníbal en el espejo

Sabido es que el término "caníbal" no existe en la representación antigua o medieval del salvaje; su manifestación más cercana es la del antropófago, que el *Diccionario de Autoridades* define como "el hombre que come carne humana". En *Colonial Encounters* (1986), Peter Hulme explica la génesis de dicho término, de origen griego, formado por dos sentidos entrecruzados, que delinea seres vinculados con una supuesta nación remota, más allá del Mar Negro.[53] Entonces, la imagen de estos seres que "comen carne humana" (sin motivo aparente, sólo como la constatación de un hecho) es puesta en escena, discursivamente, por medio de un término de la lengua griega que define seres y espacios exteriores al mundo occidental. En otra de sus vertientes, estos antropófagos remiten también a lo monstruoso y disforme presente en todo relato de viaje medieval: recordemos que estos seres habitaban los confines e incluso denotaban la cercanía de riquezas inconmensurables.• El término "caníbal", en cambio, se despliega *por primera vez* en el texto colombino: como lectores es posible asistir a la génesis de una categoría que funda una imagen tan central del Otro que logrará convertirse en hegemónica y desplazar todo término relacionado. Por partes, entonces.

La primera mención a estos seres aparece el mismo 11 de octubre, indisolublemente unida al buen salvaje: "Yo vi algunos que tenían señales de heridas en sus cuerpos, y les hice señas qué era aquello, y ellos me mostraron cómo allí venían gente de otras islas que estaban acerca y les querían

---

[53] Hemos trabajado con la edición original, en inglés, del texto de Hulme; tanto la paráfrasis como las traducciones son nuestras.

tomar y se defendían". La inscripción inaugural de esta modulación de la alteridad es indicio en el cuerpo del salvaje; el Almirante, acostumbrado a leer índices de tierra en la travesía marítima, hace lo propio una vez desembarcado e interroga aquello que escande la corporalidad indígena pero que es también "señal" de otras poblaciones (quizá también de riquezas). Dicha imagen parece remitir mucho más al "caribe" (aguerrido habitante de otras islas vecinas y enemigo de las primeras poblaciones con las que Colón se topa) que al "antropófago", aunque ya desde el comienzo contribuye a redelinear el tópico del cuerpo del salvaje, ahora atravesado por marcas (heridas, huellas) leídas como signo, a falta de una comunicación verbal.[54] La referencia a estos seres extraños (enemigos) queda instalada en el texto como un murmullo, no visible de manera directa, pero sin dudas amenazante. Este tipo de caracterizaciones reaparece semanas más tarde, el 23 de noviembre:

> El viento era Lesnordeste y razonable para ir al Sur, sino que era poco; y sobre este cabo encabalga otra tierra o cabo que va también al Este, a quien aquellos indios que llevaba llamaban *Bohío*, la cual decían que era muy grande y que había en ella gente que tenía un ojo en la frente, y otros que se llamaban caníbales, a quien mostraban tener gran miedo. Y desque vieron que lleva este camino, diz que no podían hablar porque los comían y que son gente muy armada. *El Almirante dice que bien cree que había algo de ello, mas que, pues eran armados, sería gente de razón, y creía que habían captivado algunos y que porque no volvían dirían que los comían.* Lo mismo creían de los cristianos y del Almirante al principio que algunos los vieron.[55]

[54] Reparemos además en que esta referencia coincide con una de las acepciones del término "antropófago": aquella que designaba una población específica, habitante de los confines del Mar Negro.

El *Bohío,* una tierra remota asociada desde días anteriores a riquezas y especerías inestimables, se presenta aquí –una vez más, a partir del rumor– como el espacio vinculado con lo monstruoso: el cíclope y el caníbal. Esta primera inscripción textual del término parece haber partido de un desplazamiento del sonido "r" al "n" y una confusión por "caribe", que designaría a los beligerantes habitantes de tierras cercanas. De allí que "en el término cannibale –o más exactamente caníbal– Colón ha confusamente percibido el radical del latín *canis*; de ahí la asimilación al cinocéfalo. Las incomprensibles palabras *arawak* devuelven a Colón a las viejas fantasmagorías de cíclopes y de hombres perros que desde hace siglos pueblan las fronteras inciertas del mundo" (Vignolo, 2005: 156). Se instala aquí una operación fundante en la conquista: la *corrupción* de los vocablos indígenas –producto del desconocimiento y la mala comunicación, así como de la inquebrantable creencia en que el otro es traducible de inmediato a una lengua propia-, que inscribe de manera definitiva nombres y categorías del Nuevo Mundo, *en* el Nuevo Mundo, al que también se concibe, en buena medida, como tabla rasa.

No obstante, si leemos con cuidado la cita veremos que la reacción que el narrador-editor adjudica al Almirante está más cercana a la explicación por lo humano que a lo monstruoso: se descree de la palabra del indígena (que parece estar señalando antropofagia) y se define a los "caníbales" como guerreros, agresivos sí, pero hombres de cultura y, por tanto, "gente de razón". Esta racionalidad

[55] El subrayado es nuestro.

del caníbal no se perderá nunca, ya que se articulará con la imagen del caníbal vinculado a un "comportamiento cultural, fundado sobre una visión religiosa de la vida" (Eliade, 1991: 13). De este modo, se delinea una figura de aparente contradicción intrínseca, explicada tanto desde el temor como desde la racionalidad.

La otra acepción que interesa, complementaria a esta imagen de "gente de razón", aparece el 11 de diciembre: "[...] porque todas estas islas viven con gran miedo de los de Caniba, y así torno a decir como otras veces dije, dice él, que Caniba no es otra cosa sino la gente del Gran Can, que debe ser aquí muy vecino, y terná navíos y vernán a captivarlos, y como no vuelven creen que se los han comido". Estos soldados del Gran Kan ingresan en el texto reforzando la hipótesis asiática: la idea de encontrarse en las tierras buscadas, unida a la promesa de riquezas y especerías sin fin que, no obstante, no han hallado hasta ese momento. De allí que, en este punto, los "caniba" funcionen en la trama del *Diario* subsanando la falta; ante los infructuosos hallazgos de oro o de minas, se hacen presentes los seres que remiten a estos lejanos reinos: siempre intuidos, siempre más allá.

Estos diversos sentidos de un término en permanente mutación textual remiten a dos tramas discursivas distintas y entrecruzadas, planteadas por Peter Hulme (1986) e identificadas a partir de de dos series de palabras clave: la serie del "oro", "Catay", "Gran Kan", "soldados", "barcos mercantes", "grandes palacios", que remite a los relatos y el imaginario vinculado con los viajes de Marco Polo; la serie "salvaje", antropofagia, monstruosidad que remite a los relatos de Heródoto.[56] Así, el discurso sobre Oriente y

[56] Nos referimos al libro IV de las Historias de Heródoto, donde se relatan algunos casos se antropofagia.

el discurso sobre el salvaje, conformados a partir de un archivo de tópicos y motivos que pueden ser rastreados hasta la antigüedad clásica y que presentan una honda continuidad (es decir, que no se han modificado en lo esencial), coexisten en este *Diario*, reunidos en la figuración del caníbal. A partir de allí, se produce una suerte de enfrentamiento textual: el signo "hombres del Gran Can" compite con la imagen de los antropófagos señalados por Heródoto en torno a un solo significante: "caníbales". Dicho enfrentamiento se resuelve en la derrota del discurso oriental vinculado con el oro (Hulme, 1986: 40), a manos del oro del salvaje ("*savage gold*"), y se pone en evidencia, en la trama narrativa del *Diario*, a partir del cambio de rumbo que la expedición experimenta, por decisión de Colón, el 30 de octubre.

La compleja y sinuosa conformación del sentido del término "caníbal" actualiza dimensiones diversas: la lucha discursiva; el punto de inflexión pasado-presente y la irrupción radical de lo Nuevo, incluso pese a la pregnancia de los tópicos y figuras previas; la corrupción de la lengua y la mala interpretación como espacio donde emerge una idea de lo *otro* y de lo propio que subyuga o sepulta lo primero, apostando todo a una ficción de comunicación y de interpretación. Instala, también, un momento de inflexión y de pasaje del cual todo el *Diario* colombino es fundante testimonio. No es azaroso, por otra parte, que sea preciso un nuevo término, "caníbal", para narrar la experiencia del Nuevo Mundo: la experiencia de la alteridad. Si el encuentro enfrenta al narrador-viajero occidental con la imagen radical de lo diferente, también lo somete a la comprobación (y transformación) de la identidad propia, de allí que estas representaciones se aferren al archivo occidental de imágenes del Otro, incluso cuando rayan en la monstruosidad o la bestialidad.

Inferimos que el secreto de la persistencia del término "caníbal" radica en su capacidad para inscribir discursivamente, a partir de la metáfora de la fagocitación, el temor a la alteridad, la contaminación, la mezcla. Lo que se recela es desaparecer en el Otro, uno de los mayores terrores del mundo occidental, siempre soterrado y, por ello, siempre presente. Nominarlo implica darle forma para luego conquistarlo; de allí que la categoría misma de "caníbal" haya tenido un peso central en la actualización de las justas causas de la guerra que acompañaron la legalidad de todas las conquistas posteriores. Claro que esa es otra historia que, en cualquier caso, el *Diario* colombino y su modulación de la representación del Yo y del Otro contribuyeron a conformar.

Historia de los manuscritos de Cristóbal Colón y criterios de esta edición

Una vez arribado a las costas de Portugal, luego de su primer viaje a las Indias, Cristóbal Colón escribe al menos una carta a los Reyes Católicos anunciando su Descubrimiento, y otra al escribano que en parte financió la empresa, Luis de Santángel. En ambas epístolas, el Almirante redacta un compendio de lo que vio a lo largo de su viaje y alaba el mérito de su obra como contribución superlativa para la monarquía española, que había favorecido su empresa. La carta a Santángel tuvo una importante e inmediata difusión por toda Europa. Único texto publicado en vida de su autor, su primera edición en castellano es de comienzos de abril de 1493, en Barcelona. Fue rápidamente traducida al latín –lengua franca en aquella época– y luego a varias lenguas más. La versión en latín del clérigo Leander del Cosco presenta, sin embargo, algunas pocas diferencias llamativas con el impreso en Barcelona, empezando por el destinatario, el tesorero real Gabriel Sánchez.[57] La Carta a los Reyes de 1493 no tuvo la misma suerte. Desaparecida hasta el año 1985, una copia de la carta de fines del siglo XVI fue hallada en aquel año en una librería de Tarragona, conjunto de manuscritos que compró el Estado español. El *Libro*

57 Administrador, tesorero general de Aragón y consejero real. Gozó del favor de Fernando el Católico.